

VIDA DE SAN DISIBODO

(VITA SANCTI DISIBODI)

de

Santa Hildegarda de Bingen

Traducción del latín: Rafael Renedo Hijarrubia (Octubre 2010)

Para Hildegardiana (www.hildegardiana.es)

2 de Febrero 2013

VIDA DE SAN DISIBODO

OBISPO Y CONFESOR EN *DYSINBERG* [La montaña de Disibodo?] DEL TERRITORIO DE MAGUNCIA EN ALEMANIA, ESCRITA POR SANTA HILDEGARDA

Traducción de la Patrología Latina (PL) de Migne, columnas 1095 a 1116B, tomada a su vez de las *Acta Sanctorum* de los bolandistas, Julio, Tomo II, día 8, pp. 581 ss., quienes a su vez lo tomaron del manuscrito de San Máximo de Treveris. Se ha conservado la útil división en capítulos y números de Migne, que no figura en el *Riesenkodex* (mss de la *Hessische Landesbibliothek*), que se ha tenido a la vista.

Empieza la vida

Capítulo 1

Genealogía del santo. Sus padres, expulsados por los tiranos. Versado en estudios. Elección al episcopado, abdicación y vuelta a la patria.

1. A petición y por mandato de mis prelados, es decir del abad Helingerio y de todos los queridos frailes del monte de San Disibodo, vi en visión mística como Dios quiso, la vida y obras de ese santo padre.

Después de redactadas las visiones del "Libro de los Meritos de la Vida", en el año de la Encarnación del Señor de 1170, reinando Federico emperador de los Romanos en conflicto con la sede apostólica, tendida en el lecho casi por tres años por causa de mi enfermedad, por la piedad de la divina sabiduría oí en pleno uso de mis sentidos una voz del cielo que decía así:

Disibodo fue elegido por Dios desde la niñez, y movido por el Espíritu Santo como san Nicolás, y san Benito y sus compañeros, inclinó su corazón a todo bien que veía y escuchara. Por esta causa se puede decir de él: “De la boca de los niños y de los lactantes recibiste alabanza dirigida a tus enemigos, para destruirlos y aplastarlos.” (Salmo VIII)

2. Lo cual ha de entenderse así: Tú que eres señor de todas las cosas, haces cosas maravillosas en el buen corazón de los niños que todavía no saben hablar y de los que todavía maman para llevarlos a la perfecta alabanza de tu nombre cuando obras cosas grandes en ellos con frecuencia.

Tú inspiras a los que todavía no tiene plena conciencia de sí, de modo que al hablar y al obrar profieran muchas cosas que ignoran, y en ello muestras tanta fortaleza al contradecir los derechos de la carne, que haces que tiendan con todo el ansia de su corazón a las cosas celestiales y a no pecar secundando los deseos de la carne. Nadie dude de estos casos, porque el engaño de la serpiente no tiene cabida en las cosas buenas y santas que realizan estos santos.

Tú haces esto a causa de tus enemigos, los ángeles perdidos, para que se confundan al ver tu poder en la ignorancia de los niños, y para destruir al enemigo que trata de meterse en todas las obras buenas; más aún, pretenden arrojar las piedras y blasfemias de su impiedad contra Tus palabras y milagros, pervirtiéndolos.

3. En esas personas santas que decía, no prevalecen las cosas malas porque hablan de cosas rectas.

Y efectivamente Dios obró con todos esos dones en el bienaventurado Disibodo desde su infancia hasta su ancianidad de tal modo que en la infancia no se infectó de maldad, en su juventud no ardió de lascivia y ni en la madurez de su senectud miró a las cosas torcidas. Abandonó en cuerpo y alma toda la pompa de este siglo, lo que a algunos los llevo a afirmar que estaba loco, era vanidoso o estaba equivocado, mientras otros decían que era admirable en su obras; y todos decían: ¿Qué hace este hombre?

4. Los padres de San Disibodo, enfrascados en las cosas del mundo pero sin cultivar la ostentación y el lujo, procedían de un excelente linaje de Irlanda. Algunos tiranos que subyugaban a muchos en aquel país, endurecidos en su soberbia, oprimieron a los padres del santo cuando era niño intentando someterlos a sus modos de vida, pero ellos, fieles a la tradición y a su modo de vida resistieron la injusta y dura opresión y terminaron por emigrar a lugares lejanos. Fueron a morar a la desembocadura de un río que vierte en el mar, llevando consigo a su santo hijo Disibodo y sus pertenencias. Allí compraron una casa de campo y le instruyeron en las artes liberales encomendando su educación a personas religiosas.

5. Por la gracia del Espíritu Santo el niño oía las cosas buenas de sus maestros y con su valioso ingenio las guardaba en la memoria, lo que daba a sus padres no poco gozo en la aflicción de sus trabajos en el exilio. Y así, el niño creció de día en día en cuerpo y santidad, imbuido en el estudio de las cosas y obras buenas, rezando y dando limosnas, de modo que prestaba atención a todo lo que podía oír y aprender de Dios. De este modo, aumentado en la virtud y creciendo en edad, recibió cada uno de los ordenes sagrados, y el presbiterado a los 30 años. Imbuido del temor de Dios actuó como el buen perfumista que en su huerto planta aquellas cosas que son coloridas y aromáticas, cuidándose siempre que sea un lugar agradable y no inhóspito.

6. En esto el santo recordó las palabras del Libro de la Sabiduría que dice: "Tomé mi mirra con mi bálsamo" (Cant 5,1). Lo cual ha de entenderse así: Yo, que debo abundar en obras justas, me presto con intención recta a mortificar la carne por Dios. Por su amor soy ajeno a los vicios, huyo de la común inmundicia y no deseo tener ningún comercio con ello. Tengo en mi corazón un amor vehemente al cielo y con su ayuda no fallare.

El santo, casi como muerto al siglo, perseveró en esta voluntad recta y santa de modo que muchos que veían estas cosas se espantaban y hacían como que no lo conocían, y rehuían vivir con él, porque acogía solo los deseos del espíritu y no los de la carne.

7. Daba gloria Dios con sus virtudes con este modo de vida y como persona irreprochable agradaba a quienes aman a Dios. En esto sucedió que murió cierto obispo de aquella región. Y cuando el pueblo, tanto grandes como pequeños, se reunió según costumbre para elegir un nuevo prelado, los que conocían las costumbres y la honesta vida de piedad de San Disibodo, lo eligieron unánimemente para prelado.

Pero otros que sabían que era hombre de vida y obras irreprochables, se oponían diciendo:

-¿De qué le sirve a un hombre callado, poco locuaz y que no conoce al pueblo ser elegido gobernante?

8. Pero Dios miró en su favor como está escrito: Justificaré al humilde y al pobre (Salmo LXXXI, 3)

Lo cual ha de entenderse así: El justo que se humilla por Dios en la tierra, y que se confiesa de corazón pobre y necesitado, será santificado en sus obras porque la justicia lo mira con el ojo de la piedad abierto. El humilde deseaba siempre la pobreza y miraba siempre a Dios con ojos sencillos, en cuanto se comparaba con las riquezas eternas. Dios lo amó por eso mismo. Tuvo muerte antes de la muerte y nada le importó carecer de todo. Puso todas sus obras en Dios y por tanto Dios lo eligió. El juez supremo ocultó este hombre al pueblo, pero lo manifestó a quien amaba, de modo que aunque algunos pusieron obstáculos, quiso que fuera nombrado obispo y maestro.

9. Al verse obligado por los más prudentes a recibir la carga de su nombramiento, se resistió cuanto pudo, incluso físicamente por considerarse indigno de tanta dignidad, pero como otros que él consideraba mejores no quisieron aceptar el cargo, aceptó el episcopado.

Y cuando ya era obispo comenzó a proclamar y enseñar la justicia de Dios y amonestó a todos los que pudo a que se sometieran a Dios, e instruyó sobre lo que el Espíritu Santo le había imbuido desde la niñez, enseñándolo con erudición y dando buenos ejemplos de santidad y virtudes con paternal afecto. Los que veían los méritos de sus virtudes lo amaban y escuchaban su doctrina con gusto en su corazón. Pero quienes habían arrojado a Dios de su corazón se enfurecían contra él clamando:

-Este vive casi como si no fuera hombre, ¿como es que pretende obligarnos a vivir inhumanamente?, ¿quien podrá escuchar estas cosas?

Y le infligían así muchas injurias.

10. No obstante se le unieron unos hombres fieles que le daban consuelo y ayuda. Diariamente su corazón se afligía por amor de Dios diciendo:

-Oh Señor Dios, yo tu siervo me prosterno ante tu piedad haciendo las cosas que tu mandaste. Tú sabes que solo te deseo a ti, porque solo confío en ti. Tu eres el único que podrás llenar mi corazón del modo que esta escrito: "Mi delicia es el Señor y Él me dará cuanto pida mi corazón" (Sal XXXVI,4)

Lo cual ha de entenderse así: ¡Oh hombre!, que fuiste concebido y naciste en el pecado, y que contra los deseos de la carne debes deleitarte en los preceptos de Quien te creó, acuérdate de Quién te liberó. Si lo hicieras te dará las cosas que pides, de modo que lo

que has de pedir no será necesario que lo pidas. Al contrario, muéstrale la aflicción de tu corazón por la humillación del espíritu, clamando y doliéndote como un animal, y oblígale a hacer cosas rectas.

Así pues, quienes hacen penitencia y así procuran enmendar sus obras malas, serán contados entre los prudentes como hijos de la luz, porque no quisieron y no hicieron cosas malas.

Dios se complace en que el hombre tenga una dura batalla contra sí mismo y contra el dragón, y a quien lo hace, con gusto le colmará los deseos de su corazón. Así lo hizo con San Disibodo, que mantuvo una dura batalla mientras vivió en su cuerpo, y que la consumó llevándola felizmente a buen término.

11. Entretanto mientras el santo presidía a su pueblo instruyéndole con las ya citadas palabras y ejemplos de fe, la región entró en ebullición por la gente que se reía de San Disibodo, y hubo un gran cisma. Unos renegaban de Cristo y resistían al Viejo y Nuevo Testamento; otros querían las herejías de los herejes; otros apoyaban la secta de los judíos; otros seguían la secta de los paganos; otros se empeñaban en vivir como animales y no como hombres; y otros estaban empeñados en no hacer obras buenas ni respetar la mínima disciplina de los que tenían un mínimo de humanidad. San Disibodo se opuso valiente e intrépidamente a estos grandes errores y confusiones y tuvo que soportar con paciencia muchos oprobios e injurias, prefiriendo perder la vida presente antes que consentir en tantos y tan inconvenientes males.

12. Como sostuvo esta lucha durante algunos años sin conseguir erradicar los males y con peligro físico de su vida, cansado finalmente y casi al borde de la desesperación, dirigió con gran llanto su afecto a Dios en oración diciéndole:

-¡Oh Dios!, juez de todos los hombres santos, ¿de qué me sirve trabajar con este pueblo que transgrede tu justicia con rabia?

Finalmente, los autores de los mencionados errores y el pueblo que habían arrastrado a sus errores, al ver que este santo no consentía en sus costumbres depravadas sino que continuamente y en todo lugar les amonestaba con el temor a la muerte, hicieron muchas conspiraciones, de modo que la turba de los incrédulos lo expulsó de su sede con muchas injurias.

Disibodo, deseando más servir a Dios en paz que buscar frutos de su trabajo, se retiró con unos pocos religiosos que había reunido en su sede, con los que vivió piadosamente

durante 10 años. Por el nombre de Cristo abandonó su patria y todas las cosas que tenía diciendo: Ni a mí ni a los demás nos aprovecha permanecer aquí, donde hay tanta incredulidad y tan dura iniquidad.

Y emprendió con ánimo alegre la peregrinación que había deseado tanto tiempo por causa de la vida eterna.

Capítulo 2

Viajes en Alemania. Instruye al pueblo de Renania. Vida solitaria y austera en la montaña. Inicio del monasterio. Milagro.

13. Salió de Irlanda y atravesó muchos países. Examinó diligentemente muchos lugares, y buscando la paz de su alma llegó finalmente al país de los *alamanes* donde encontró un pueblo ciertamente rudo y duro, y allí se quedó algún tiempo dándoles palabras y ejemplos de salvación. Muchos le oyeron y le amaron, pero otros muchos no se cuidaron de oírle ni de amarle. Morando en aquellas regiones y sopesando qué podría hacer, tuvo noticia de la buena y amable regla de San Benito, quien no hacía mucho había emigrado al Señor [había muerto] y había dejado muchos seguidores de su regla. Y supo así por una moción del Espíritu Santo que lo que hasta ahora había conocido no llenaba los deseos de su corazón, y que así como en otro tiempo [Dios] le había encomendado un pueblo, ahora tenía que reunir en torno a sí otros varones en una comunidad de vida religiosa perfecta. Y por esta causa viajó de nuevo de unos sitios a otros, pero ni en las costumbres de los pueblos ni en su propio corazón encontraba lo que le llenara.

14. Entonces comenzó a orar y llorar diciendo: "Inclina, Señor, tu oído a mi plegaria y escúchame porque soy pobre e indigente" (Salmo LXXXV, 1).

Lo cual ha de entenderse así: Tú, Señor, que gobiernas todas las cosas, condesciende a mis tribulaciones, inclina tu oído misericordioso y escucha las palabras de mi oración, porque soy indigente en el alma por la pusilanimidad de mi mente, y pobre en el cuerpo por el dolor de las aflicciones en las que me veo por seguirte.

Y porque debo amarte sobre todas las cosas, acuérdate de que yo he procurado servirte desde mi infancia y por tu amor amé siempre la pobreza y el olvido del mundo. Así

pues, Dios, recibe estas suplicas por la veracidad de mi buen deseo, e infunde la suave consolación de tu quietud a mi alma, como rocío que cae sobre los campos.

Y en la visión de la noche manifiéstame algo con claridad para que encuentre de algún modo el lugar donde te sea grato mi ofrecimiento.

Y en efecto Dios hizo con este santo lo mismo que a otros tantos amados por Él, que le habían querido con toda la vehemencia de su corazón cuando con intención recta buscaban confiadamente en él, ver, hablar y hacer lo que creían percibir en su presencia.

15. El Espíritu Santo arrancó de Disibodo toda ficción de esa vanagloria que está presente en muchos hombres que simulan orar y ayunar a voluntad cuando injustamente pretenden algo de Dios y que cuando quieren algo de Él se lo presentan de modo ostentoso. Los que son así, se verán dispersados como pajas por el viento. Pero cuando el hombre mortifica su vanidad, lo considera una ensoñación y castiga con la fuerza de Dios la soberbia, la vanagloria, la adquisición de fama entre las gentes y los demás vicios de modo que aquel hombre abraza el amor de su Creador, estas sugerencias no le apartan de Él de ningún modo.

16. Gozoso con la esperanza de su buen deseo, el cual sabía que era Dios quien le había llenado de él, al oír la buena fama de la gente que residía en las Galias junto al Rin - es decir, que era un pueblo ciertamente duro pero que vivía observando las normas de la Iglesia - y cansado ya de la burla de unos y otros pueblos, encaminó sus pasos al Rin con buenas expectativas.

Dando rodeos por caminos difíciles llegó al río Glan y en cuanto lo pasó vio un monte alto y hermoso y lo subió. Después de 10 años de peregrinación, gozosamente puso allí su residencia y descansó. Y a sus compañeros que habían venido con él de Irlanda, que eran tres, llamados el primero (que era el mayor) Gililaldo (*Gillilaldus*), el segundo, Clemente y el tercero Salustio, tocado por el Espíritu Santo les dijo:

-Este será el lugar de mi descanso.

17. Una vez examinado el monte y las zonas circundantes, examinó con atención todas sus laderas y le agradó su amenidad, y aún más como lugar donde vivir y que descansara el alma, porque la altura hacía difícil el acceso al lugar y las riberas de los afluentes que había por ambas partes daban a sus moradores descanso y consolación.

Y oró diciendo:

-¡Oh Dios!, que resides sobre los cielos y riges el abismo, te ruego que la amenidad de este lugar se vierta en amenidad de las almas, porque es bueno que en este lugar te sirva a ti fielmente un pueblo fiel.

Y diciendo esto señaló el lugar de la morada en la ladera de este monte hacia Oriente, a causa de la conducción del agua, y comenzó a llevar la vida rigurosa que había deseado: oración, vigilia y ayunos, y vida áspera, dura y solitaria.

18. Los compañeros que habían ido con él, para no perturbar el gozo, calladamente construyeron sus habitáculos algo más distantes. Y ha de saberse que se sustentaban habitualmente con hierbas porque no había otros alimentos. El monte estaba rodeado de bosque y tenía muchos lugares difíciles y peligrosos, no solo para un hombre, sino también para comunidades grandes o pequeñas. Y sucedió que hombres que entraban en aquellos bosques, ya fuera para cazar fieras, a pescar en los ríos adyacentes o para conseguir madera u otras necesidades, veían en muchas ocasiones a este santo varón alimentarse de raíces u otras cosas necesarias de las que se proveía, y lo divulgaron durante algún tiempo.

19. Se fue extendiendo por el pueblo el rumor de que había venido enviado por Dios un santo, acompañado de otros. Admirados, muchos acudían con ganas de conocerle; para que se les concedieran cosas útiles, les predicaba palabras de vida y de salvación, puesto que desde el tiempo de su exilio hasta ahora había trabajado en la lengua de estos hombres, de modo que los entendía y hablaba su propio idioma.

Por eso sucedió que los que instruía amonestándoles con palabras de vida, venían con frecuencia a traerle a él y a quienes moraban con él, la cosas necesarias para el sustento. El siervo de Dios y sus socios se consideraban pobres e indigentes y devolvían todo lo que sobrara fuera de lo cotidiano.

La tradición dice que Adán murió por el alimento y por esa causa Antonio, Macario y otros [ermitaños] parecidos, que vivieron alimentándose de hierbas y alimentos duros, lo tenían muy presente en el corazón. A su ejemplo, para que no los engañara la antigua serpiente, [Disibodo y sus compañeros] se esforzaban en abstenerse de alimentos delicados y de costumbres cómodas para el cuerpo. Y cuanto más mortificaba su carne Disibodo, tanto más Dios le multiplicaba ampliamente su gracia, por lo que muchos enfermos y débiles se acercaban a él, y por sus méritos los sanaba instantáneamente el

Espíritu Santo, lo que causaba espanto a su humildad, por lo que huía cuanto podía de la alabanza de los hombres.

20. Como su fama de santidad volaba por toda la provincia de boca en boca, vinieron a él algunos hombres temerosos de Dios que edificaron un pequeño oratorio en la falda del monte hacia Oriente, donde pudiera celebrar los oficios divinos con los suyos, y donde en lo posible, ellos y los demás que se acercaban allí buscando a Dios, recibieran las palabras y el alimento de la vida.

Otros arrancaron la vegetación de la explanada que estaba al pie del monte, a Occidente, y prepararon al santo huertos y lugares de descanso. Este lugar se llamó al principio “*Studenheim*” porque los matojos que arrancaron se llaman “*studim*” en lengua vulgar. También vinieron al santo muchos hombres de regiones lejanas, que le encomendaban sus almas con fe y esperanza, y por eso los pueblos que habitaban esta provincia temieron la acción divina, diciéndose que habían sido negligentes ante estos hechos, ya que por medio del santo, Dios había visitado para gloria y honor de su nombre un sitio que ellos habían descuidado honrar y visitar con mayor frecuencia.

21. Algunos príncipes, nobles y potentados, aunados al pueblo que moraba en estas tierras, ofrecieron al santo y a los que después le siguieron, el monte con todos sus términos a lo largo y a lo ancho, incluso a gran distancia más allá de los ríos Glan y Nahe porque vieron en él las maravillas de Dios y porque advirtieron también que era necesaria la santa conversación con los hombres allí reunidos. Vieron que bastara para las necesidades de la vida presente sin indigencia y con un clamor común decían: “Alabanza a ti Señor Dios, porque te has dignado enviarnos a este hombre santo”.

Recibido el regalo, el santo se estremeció de temor recordando las muchas adversidades que anteriormente había sostenido en su cargo episcopal contra las gentes del pueblo, y oraba a Dios de rodillas para que el regalo hiciera brotar una donación idéntica para el crecimiento de las almas.

22. Finalmente, pensaba con el corazón inflamado noche y día cómo durante muchos años había taladrado su corazón el deseo de su alma de cómo y dónde reunir religiosos para llevar vida de penitencia. Su espíritu entendió que agradaba a Dios que hubiera una congregación para servir al Creador en aquel lugar, e inspirado por el Espíritu Santo puso todo su empeño en practicar el modo de vida y la doctrina de S Benito, muerto

años atrás, pero que había dejado hombres santos, ministros fieles de su bendita institución, que todavía vivían en sus tiempos. Y envió mensajeros a esas regiones lejanas donde se conservaba aquel santo modo de vida, suplicando humildemente que oraran por ellos, que habían plantado la viña del Señor Sabaot según la doctrina del Padre que dictó una regla espiritual tan prudente, instruido por el Espíritu Santo, a partir de la vida de los santos.

23. Atrajo mucha gente a este tipo de vida religiosa y mandó edificar para ella el oratorio y las moradas convenientes en la cumbre del monte en razón de su difícil acceso, a fin de que no se viera perturbada por el pueblo y para que ni la religión ni el rigor exigente degeneraran en molición a causa de las visitas frecuentes y cotidianas de los que los visitaban. Pero él permaneció solitario en la falda del monte hacia Oriente, en el habitáculo y oratorio que le habían preparado, presto a atender a todos y dar respuestas a todos los visitantes, satisfaciéndoles según su condición.

La congregación de los hermanos aumentaba ante Dios y ante los hombres y lo que tenían que hacer lo hacían al mandato o a la permisión del santo y vivían según la regla instituida por San Benito.

24. El piadoso Padre Disibodo consideraba que su congregación, constituida según la costumbre de la regla fundacional, era de tal manera firme que el diablo no podría debilitarla favoreciendo vicios y no podría atacada desde sus inicios e introducir el germen de disolución. Y que se mostraría poderosa por la represión de los vicios, ordenada como un ejército de batalla por la concordia de las virtudes y así se mostrara al diablo y a los hombres,

Y efectivamente enseñaba con sabiduría a luchar mediante la humildad contra las turbas enemigas de los espíritus del aire, y a evitar la vanidad de la soberbia y la arrogancia del espíritu en la delectación del mundo. Y proponía que se conservara con diligencia la alabanza y gloria de la victoria que se obtenía legítimamente en combate y finalmente que se observara recta cautela y circunspección.

Rodeó y proveyó su fundación con un halo de rigor y de discernimiento espiritual en la disciplina para que el diablo no irrumpiera de improviso sabiendo que estudia con la máxima astucia cuándo irrumpir en la gentes espirituales. Y que se goza mucho más cuando vence al hombre espiritual arrastrando su voluntad de pecar que cuando envicia

a las gentes del mundo, pues se da cuenta de que a él le sucedió algo semejante cuando por deseo de gloria celeste fue arrojado del cielo por su soberbia.

25. De este modo el santo empezó a reunir y a exhortar a sus hijos, y los hombres del mundo al verlo acudieron a él de toda la provincia y le ayudaban de buen grado en sus necesidades para llevar a término todo lo que comenzaba a hacer y obrar. Por lo cual aquella santa congregación se multiplicó hasta llegar al número de 50 hermanos a lo largo de 12 años. En aquellos tiempos pocos hombres hacían ese género de vida y nadie se les agregaba hasta después de ser probado. Pero el Espíritu Santo que había plantado esa congregación también la regó como el rocío que cae sobre un campo fértil, de modo que en ella crecía la observancia de la disciplina, aumentaba de virtud en virtud, y no encontraba el impedimento de la acción insidiosa del antiguo enemigo, porque allí donde está el Espíritu Santo con sus milagros, el antiguo enemigo está atemorizado y lo estará y no se atreverá a entrar a ahí, y si sembrara a hurtadillas, para su confusión la mala semilla sería destruida de nuevo por el Espíritu Santo.

Los signos y milagros de Dios acompañaban los meritos y la santidad de Disibodo, y con frecuencia se renovaban, porque Dios siempre hacia las cosas nuevas.

26. Cierta varón cuya lengua estaba tan debilitada por la exagerada debilidad de su cuerpo que no podía proferir palabras, vino a él de regiones muy lejanas y le suplicó fervientemente, valiéndose de signos que hacía con las manos, para que suplicara a Dios que le librara de su enfermedad. El santo Padre hizo una oración sobre él sintiendo que la gracia de Dios estaba presente en sí mismo, y recordando los ejemplos del Señor cuando hizo hablar al mudo, sopló en la boca del hombre diciendo:

-En el nombre del que dijo al mudo “Effeta”- y comenzó a decir:

- A ti te ordeno, cadena de la enfermedad, que sueltes la lengua que debilitaste a este hombre y te alejes de él y no impidas que este hombre hable su lengua.

E inmediatamente se soltó a hablar y hablaba perfectamente palabras humanas y dio gracias Dios y al santo.

27. Sucedió esto, también cierto hidrópico que tenía un enorme tumor inflamado, al que sus amigos llevaron ante el santo, le pedía con grandes lágrimas la curación del cuerpo. El santo dudó por un momento y afirmó que era indigno de hechos tan portentosos, pero vencido finalmente por la súplica insistente, oró por él a Dios

omnipotente y tocándole con sus manos lo bendijo y así, por la gracia de Dios, la enfermedad desapareció paulatinamente de aquella persona.

28. Vino a él incluso un leproso con la piel ya deformada de un modo horrendo, y tras suplicarle por su enfermedad también le conminó que nunca se apartaría de él hasta que no le restituyera la salud. Conmovido el santo finalmente por la incómoda insistencia de ese hombre, lo condujo a su habitáculo y allí lo retuvo durante algún tiempo elevando con frecuencia oraciones por él, y tras quedar su carne curada y hermosa a la vista, lo hizo volver a su casa.

Y esta es la verdad de quien vio estas cosas que hizo, y aquí se dan a conocer abiertamente a quienes las desconocen.

Capítulo 3.

Veneración de sus subordinados por el santo. Crecimiento del monasterio. Predicción de su próxima destrucción. Muerte. Perfume de fragancias. Sepultura. Diversas curaciones posteriores.

29. Hizo también muchos signos y milagros en ciegos, cojos, enfermos y personas poseídas por el diablo, e incluso en aquellos que habían perdido sus sentidos por la intemperancia de sus humores malos, y que venían a él de las partes lejanas y próximas, y a todos los sanaba porque la virtud de Dios estaba con él.

Este siervo de Dios vivió entre los suyos como un ermitaño, un tipo de vida que es la raíz de la vida de los monjes, pues estos hombres viven en soledad apartados del siglo en todas las cosas, unidos a la alabanza de los ángeles. Su vida es tan trabajosa que incluso muchos, tanto por la fragilidad del cuerpo como la del alma, no son capaces de llevarla si se incorporan a ella precipitadamente y sin prudencia.

Viviendo este discernimiento, el santo Padre confortó a sus súbditos con el ejemplo y la doctrina, moviéndoles a toda obra buena, tal como el hombre que inflamado de pasión comunica a todos este ardor.

Mientras vivió nadie quería otro maestro; ni lo querían ni lo buscaban. Se entregaban sobre todo a su dirección para que los dirigiera en el camino de la rectitud, sin ofender a nadie ni murmurar.

30. No los obligó a llevar hábitos como suele usarse en este tipo de comunidades, pero no porque relajase la regla de San Benito que asumían; y aunque podría parecer que con eso destruía la vida común y los libraba de obligaciones, por el contrario, no los quería dispensar de la dureza del rigor de las vigiliias, los ayunos y la mortificación de la carne. Imitando al primer ermitaño San Pablo y a sus compañeros, que preferían vivir en los bosques antes que en las ciudades, con frecuencia solía tomar escasísimo alimento con el que apenas sustentaba su cuerpo y usaba un áspero y duro vestido desde que salió peregrinando del país donde vivía. También, desde que fue expulsado de su sede hasta el fin de su vida celebró los oficios divinos del altar, no según los privilegios de los obispos, sino según la costumbre de los presbíteros pobres, e imitando en ello la Pasión de Cristo, alcanzaba una honda alegría del corazón y ninguna angustia del alma.

31. Con frecuencia se empeñaba en que la congregación tuviera preferencia sobre su criterio de padre espiritual y defensor de la institución, como sería lo más adecuado. Todos los que estaban bajo su gobierno se oponían a que lo hiciera porque no querían tener a ningún otro como padre y doctor, diciendo que le querían tener de maestro espiritual de modo que nunca cambiara esta regla mientras viviera, para que en ellos se reflejara mas sublimemente la luz de Dios.

Por esta causa se divulgaron por muchas regiones estas disposiciones de sus corazones y venían a ellos muchas personas a pedir consejo y auxilio para sus almas.

Y muchos que permanecían en la región y en las cercanías del mencionado monte cuyo radio de influencia era amplio y extenso por razón del suavísimo olor de santidad de sus conversaciones, ofrecían a San Disibodo sin condiciones todos los campos y haciendas y edificaban en aquellos bosques habitáculos para utilidad de todos.

32. Después que trabajó allí largo tiempo, declinaron las fuerzas del cuerpo del santo por sus grandes trabajos, y atemorizó a su hijos al predecirles en espíritu que tal prosperidad y seguridad como la que habían vivido sin contradicción tanto tiempo no podría durar por siempre, sino que habrían de padecer muchas y grandes tribulaciones y preocupaciones, porque el diablo trabajaría con diligencia en perturbarles, a ellos y a los que vivieran después. Cuando la gente se empeña en obrar bien, el demonio, pese a que el vivir rectamente lo confunde, con frecuencia se burla grandemente.

Sin embargo les consoló también abundantemente con piedad diciéndoles:

-Yo con suspiros y dolor de mi corazón y con gran deseo ha trabajado hasta ahora para no ver vuestra tribulación en vida en este siglo, y confío en que así lo hará el Señor. Pero vosotros sabed que después de mi muerte ya cercana, (porque la fuerzas del cuerpo ya me fallan) y después de las tribulaciones que habréis de pasar, vendrán nuevos tiempos para vosotros, mejores que los actuales, de modo que abundareis mas en todo lo que necesitéis para el cuerpo y para el alma en los tiempos posteriores que lo que habéis abundado estando yo vivo entre vosotros.

33. Al oír estas palabras derramaron lágrimas con gran dolor porque entendían que les hablaba del fin inminente de su vida. El rumor se extendió por el pueblo y movió a que muchos se acercaran a verlo, oírlo y encomendarse a sus oraciones y a los méritos de su santidad. Él, amonestándoles para la salvación y dándoles palabras de bendición se encomendaba a sus hijos para que se las devolvieran, y no dejaba de recordarles que su fin estaba próximo para que se mantuvieran vigilantes en esas disposiciones. Entonces, al oír que era inminente el fin de su vida, gemían con voz entrecortada y lo visitaban con más frecuencia. Y aunque él conocía el día de su fin no lo manifestó a nadie, excepto a unos pocos religiosos que conocían casi todos sus secretos, a quienes había dicho que aquello le había sido manifestado por ángeles, ordenándoles que no lo dijeran a los demás, y lo ocultó cuanto pudo para no perecer por la abalanza, él que había hecho tantas obras grandes.

34. Después de haber servido a Dios fielmente en el citado monte treinta años y haber provisto a sus hermanos plenamente de cuanto era necesario para la vida presente, más agotado por el trabajo que por la edad, comenzó a estar enfermo y le fallaron completamente las fuerzas del cuerpo. Convocados de inmediato todos los hermanos, les nombró un Padre que fuera el primero mientras él viviera todavía, y le encargó todas las cosas que se referían al lugar. Ya en otro tiempo [éste] había rechazado la precedencia como padre, porque habían seguido siempre al santo como Padre en todas las cosas.

Determinó el lugar de su sepultura y les rogó con grandes gemidos y lágrimas que no lo sepultaran en un lugar excelente sino en un rincón humilde de su oratorio en el cual había servido a Dios en soledad. Entre lágrimas, se lo prometieron en respuesta a sus requerimientos.

Apenados, enumeraban sus obras buenas y su doctrina y quejándose amargamente decían:

-¡Ay, ay! que será de nosotros si te perdemos a ti, defensor y consolador de nuestras almas y nuestros cuerpos.

Y así como el ciervo desea las fuentes de agua, así deseaban con vehemencia tenerle más tiempo con ellos, como lo habían tenido con gozo en otros tiempos que ahora no podían rememorar en su corazón.

35. Finalmente, habiendo crecido el dolor y convocados de nuevo a sus hermanos, les comunicó como pudo que el fin de sus días era inmediato, y después de muchos trabajos y tribulaciones, terminó los días de su vida en esta tierra en el año ochenta y uno de su edad, el 8 del mes de junio, cuando delante de los presentes entregó su espíritu al Señor al que había servido fielmente.

Una vez muerto siguió inmediatamente un suavísimo olor de bálsamo y como de incienso y mirra y de todos los aromas, y acto seguido allí acontecieron muchos otros signos. Por toda la región corrió la noticia de que había muerto S Disibodo y por eso una multitud de hombres se acercó a las exequias porque también deseaban ver el lugar de su sepultura y los signos que Dios estaba haciendo.

El suavísimo olor que se difundió a su muerte duró hasta trece días después y permaneció en su sepulcro; y en esos días, siete hombres poseídos de espíritus malignos, treinta cojos y muchos ciegos y sordos y otro innumerable número de enfermos fueron verdaderamente curados por la gracia de Dios al tocar su sepulcro.

36 Como hubo muchos hechos singulares de estos y los hombres de aquel tiempo acostumbraban a tomarlos como signos, los grabaron en sus corazones soberbios y aunque postrado, aquel pueblo decía:

-Dios nos mostró más milagros y signos mayores después que murió el santo que durante su vida, y por eso también confiamos en sus méritos para vernos libres de peligros.

De los signos que entonces acontecieron allí sobre todos por la gracia de Dios, muchos se alegraron con más y mayor presunción de lo que debieran, por lo que Dios suspendió aquellos signos como castigo. El Espíritu Santo no quiere que el hombre se gloríe de los milagros que Él hace, sino que le tribute gloria y alabanza a El que es el único que tiene la potestad de hacerlos. Dios distingue las obras de sus santos del mismo modo que

forma a sus criaturas, es decir, que mientras a unos les concede hacer buenas obras y santidad sin signos, a otros les concede hacer obras buenas y además grandes milagros, y a otros les da su gracia para que conviertan muchos a Él con sus buenos ejemplos, de igual modo que en la Creación puede discernirse el sol durante del día y la luna y las estrellas en la noche, según los tiempos.

37 Del mismo modo, [Dios] llenó la totalidad del cosmos con aves y reptiles y los demás animales que crecen, para no estuviera vacío de ningún modo. Por eso en los que se refiere al hombre algunos recuerdan al monasterio en sus oficios. Cada criatura se multiplica dentro de su género tal como Dios lo ordenó desde su constitución original.

La criatura que es irracional socorre al hombre ayudándole, porque el hombre es padre de familia que no puede regir su casa sin la ayuda y ministerio de otros, pero Dios sólo al hombre le dio vida como ser racional y por eso no le faltará su inspiración como tampoco al árbol le faltan las ramas. Porque Dios le infundió la capacidad de saber, de modo que pensando las cosas que quiere decir y cuanto tiene en la mente, después las enuncia con la voz y las multiplica con su palabra racional, lo mismo que al árbol se le multiplican las hojas.

38 Pero la criatura irracional carece de saber racional y es por tanto voluble y desaparece. El hombre como ser racional tiene conciencia, la ama y procura tener ciencia y ve en ella lo que es malo y nocivo, y se aparta, huye y se cuida de ello. Y con estas dos cosas, es decir con temor y con amor, posee la ciencia del bien y del mal y se rige por ella en todo lugar, tal como el ave vuela con las dos alas. Solo él fue formado a imagen y semejanza de Dios, que lo creó para que obrara según esa semejanza, y cuando su conciencia se orienta al bien, le ayuda la gracia del Espíritu Santo

Como se ha dicho, Dios hizo esta distinción entre sus criaturas, y como al hombre lo hizo a su imagen y semejanza, le dio un saber pleno y preeminencia sobre toda criatura mortal

39 Y como su carne es frágil y tiene fin, su alma no puede perfeccionarse en el bien sino por medio de lo que carece de fin. Quienes perseveren en el bien hasta el final ascenderán a Dios en el cielo y allí los querubines contarán sus obras buenas ante el trono de Dios, y ellos contemplarán el rostro de Dios, y aquellas obras, como oro purísimo y como piedras preciosísimas y nobilísimas.

Por esta razón toda la armonía celeste entona sobre ellas un cántico nuevo y el Espíritu Santo las renueva con obras de los santos. Pero quienes perseveren en el mal serán imitadores de los ángeles caídos que por su maldad cayeron de la gloria del cielo y por fatuas vanidades se apartaron así del premio de la vida eterna.

40 Como se ha dicho, Dios en su presciencia infundió al hombre pleno saber racional porque el hombre podría ser superado en ciencia por el diablo, ya que gracias a ese saber el hombre conoce el mal por la ciencia del bien, y el bien por la ciencia del mal. Así pues, el hombre combate a ese antiguo enemigo en batalla permanente hasta que lo venza y llegue a poseer el lugar que perdió.

Lo cual no podría hacer de ningún modo si no tuviera pleno saber, pues como el hombre llega a saber reflexionando, apenas puede abstenerse de reflexionar sin verse condicionado a veces en la elección.

Si las tinieblas oscuras ensombrecieran el corazón del hombre y saboreara que puede pecar en su carne, si entonces eligiera el pecado y perseverara en él, se asimilaría al demonio al apartarse de la claridad de la luz, porque estaría lleno de las tinieblas de sus deseos; y sería llevado por ello las penas de la gehenna.

41 El santo desea hacer lo que no gusta a su carne y solicita la ayuda de Espíritu Santo para contemplar el reflejo de la santidad. Y cuando el hombre contempla su rostro en el mundo, en el que sin embargo no está, enmienda lo que allí ve que es indigno en esa medida. Al contradecir su carne por la fe y obrar lo que no agrada a la carne, el santo hace obras buenas para confusión del diablo.

Y así, a través de estos durísimo y fortísimos combates contra sí mismo, o venciendo sus voluptuosidades, poseerá la caridad que tuvieron los ángeles caídos [antes de la caída].

En efecto, Dios constituyó la creación de manera que el hombre la lleve con sus obras a la perfección, y por eso también imbuyó a algún hombre que construyan edificios santos y reúnan a otros para servir a Dios, a quienes sin embargo permite que les acontezcan en mucha ocasiones muchas y variadas vicisitudes consecuencia de deseos no rectos.

Sin embargo Dios tolera todas estas cosas para que [los hombres] no dejen de llegar a su fin último. Donde el Espíritu Santo edifica edificios y hombres, aunque vivan negligentemente en sus pecados, si alguien hace destrucciones por la contumacia de su

perversidad, el fuego del Espíritu Santo los renovará rápidamente con alegría y según su juicio.

Capítulo 4.

Dispersión de los monjes. Regreso. Traslado del cuerpo sagrado por San Bonifacio. Ruina del monasterio, circunstancias y acontecimientos.

42 El Espíritu Santo obró también así en el mencionado lugar en que San Disibodo sirvió a Dios con buenas obras y donde al partir de esta vida entregó felizmente a Dios su espíritu.

Efectivamente, pasados algunos años después de su tránsito, toda la mencionada región fue presa de la angustia de las guerras, ya que algunos extranjeros devastaron con tiránica rabia esas tierras y las contiguas del Rin.

Los habitantes de esos lugares, aterrorizados de horror y temor, huyeron como pudieron, pero los príncipes de la región y la gente que se quedó, sabiendo que ese monte era alto e inexpugnable, huyeron allí antes de que lo ocuparan los enemigos. Confiados en sí mismos contra [la voluntad] de los frailes que allí servían a Dios, hicieron rápidamente muros de defensa de los habitáculos, confiando que escaparían a la crueldad de los tiranos, tanto por los méritos de San Disibodo como por sus fortificaciones del monte.

43 A causa de la multitud y la angustia de los hombres que habían ocupado el monte, la congregación de frailes que allí servía a Dios estaba inquieta y no podía servir a Dios según su regla, por lo que, por consejo y a petición de algunos de aquellos hombres y príncipes, los frailes se separaron para ir a regiones lejanas, (porque les prometieron que después de estas tribulaciones y trabajos volverían con honores). Los frailes se dividieron, excepto unos pocos varones perfectos que decidieron quedarse junto a la tumba de su santo patrón para conservar su honor. Eran de tanta perfección que no se preocupaban de las cosas del mundo ni de su propia vida.

Pero la mencionada tribulación no duró muchos años porque con la ayuda de Dios la región fue liberada de las incursiones de los enemigos despóticos.

Cuando esto ocurrió, los que habían ocupado el monte, al recordar su mal comportamiento y también llenos de temor de Dios, investigaron dónde estaban los frailes de la mencionada congregación, y con gran deferencia los repusieron en su lugar

con cuantas personas y cosas se habían reunido y edificado allí, así que se otra vez juntaron con mayores medios que los que se tuvo en el principio.

44 Con lo cual pasó según había dicho San Disibodo en vida, que después de la muerte del santo, los tiempos más recientes fueron mejores que los antiguos, y después que pasaron las tribulaciones, [los tiempos] volvieron a ser como los anteriores; volvieron al lugar y acogieron a muchísimas personas de regiones remotas, tanto espirituales como seculares, [que venían] a recibir consejo y auxilio en sus cuerpos y en sus almas. Y Dios purgaba a estos hombre buenos por sus negligencias cada vez que se desviaban.

De este modo también sucedió que cuando acontecían signos y milagros por los méritos del mencionado santo, religiosos mas negligentes de lo que debieran gozaba de tales dones, por lo cual los signos se hicieron menos frecuentes y aparecían menos que de costumbre. Porque allí donde las obras del Espíritu Santo se ven y se conocen pero se muestran con ostentación, el Espíritu Santo mismo examinará la ofensa para imponer la pena en su juicio y exigirá el pago hasta el último ochavo.

45 Una vez que hubieron cesado los signos y milagros junto al sepulcro del santo, la posteridad conservo durante muchos años religiosamente el recuerdo de su tránsito al cielo. Finalmente, por gracia divina, cayeron en la cuenta aquellas gentes, gimiendo a sí mismos con suspiros, que Dios había retirado de allí el poder de sus milagros y prodigios como sanción por sus pecados, y para que reavivaran el recuerdo del santo. Y acusándose a sí mismos se dijeron unos a otros:

-¿Cómo somos tan torpes que no veneramos a este santo de Dios, cuando la verdad es que Dios por sus buenas obras y meritos hizo entre nosotros grandes milagros?.

Así pues, al recibir este consejo, los más ancianos y sabios de la región, con anuencia y bajo la autoridad de Bonifacio, obispo de Maguncia, fijaron día y hora para exhumar los huesos de San Disibodo y divulgaron y dieron a conocer la fecha por todos los pueblos de aquella comarca. Y cuando llego el día acudió una enorme multitud de gente, y presente también el citado prelado, fueron al sepulcro del santo varón y llevaron en procesión con gran veneración sus huesos y cenizas y demás reliquias desde el pequeño oratorio donde estaba su túmulo funerario al monasterio edificado a Occidente en la falda del monte, con himnos de alabanza y cantos populares, después

que habían pasado muchos años desde su muerte. Y en el lugar que habían preparado allí le rendían culto.

46 Pero Dios, que conoce las cosas ocultas manifestó allí de nuevo los méritos de su santo, de modo que el mismo día que hacían estas cosas, se curaron un hidrópico y otros enfermos que padecían varias enfermedades, y lo mas llamativo fue el suavísimo olor que fue envolviendo a toda la procesión y mantuvo esa admirable fragancia durante aquel día, por lo que la gente de la región donde habían ocurrido estas cosas determinó establecer un día anual de peregrinación al sepulcro, que fijaron en el día de la muerte [del santo] para venerarlo con oraciones y ofrendas.

Y así los frailes de la mencionada comunidad monástica vivieron en paz durante muchos años y sirvieron a Dios honrando a San Disibodo sin perturbaciones y en paz, de tal modo que la gente los honraba, los estimaba mucho, y les prestaba la ayuda y cosas materiales que necesitaran, por cuya razón abundaron en bienes y riquezas de muchos modos.

47. Y por último, trascurridos ya muchísimos años y reyes, surgieron de nuevo grandes disputas entre la comunidad religiosa y los gobernadores de la comarca. Por cuya razón los mas ancianos de la región fueron con sus gobernantes ante el emperador Carlomagno, que en aquel tiempo había recibido el nombramiento de Emperador de los Romanos, y le dijeron que no era conveniente que hombres que debían servir al espíritu y no a la carne, a Dios y no al mundo, poseyeran riquezas y vivieran con el lujo y la pompa del mundo como los monjes que vivían en el Monte de San Disibodo, y más, cuando ellos mismos vivían oprimidos por guerras y angustias y carecían de medios para defender al reino y valerse a si mismos.

El emperador escuchó su petición pero sabiamente hizo como que no prestaba atención, diciendo que no había de quitar a aquellos monjes ninguna de sus propiedades y recursos, como ellos pretendían. Recibida esta respuesta, ellos se contuvieron de llevar a la práctica su propósito.

48 Así pues una vez muerto el Emperador y pasados otros sucesores, después de algún tiempo algunos tiranos iniciaron crueles batallas con tanta fiereza y crueldad, que las ciudades próximas al Rin que ellos oprimían fueron destruidas, y por esta razón los más

nobles de la región, que eran del linaje de los mencionados príncipes de la sede de Maguncia, junto con el prelado de esta sede, comparecieron ante el emperador que en aquel momento ostentaba el poder y le presentaron la reclamación antes dicha, exigiéndola con acritud, y diciendo que no tenían medios con que defender y servir al imperio ni tampoco para defender su vida, mientras los que habitaban en el Monte de San Disibodo y sus parientes tenían recursos suficientes. Cómo se había llegado a esta situación, ellos lo ignoraban.

Oído ésto, el emperador dio su asentimiento, y convocados príncipes y jueces inquirió en forma de juicio sobre la petición, para saber con qué tradición, qué confirmaciones y de que modo se habían entregado posesiones y recursos desde hacía tanto tiempo a aquella comunidad de monjes.

49. Ellos, cegados por la malicia y la envidia, informaron al emperador afirmando muchas cosas falsas y preparando testigos falsos, diciendo que aquella comunidad de monjes tenía sus posesiones desde hace mucho tiempo sin disputa, pero injustamente y sin concesión ni sentencia imperial. Y por esta razón, con el parecer favorable de los jueces que juzgaron injustamente, una vez que hubo sentencia imperial y recibieron licencia del Emperador, los promotores de aquella disputa, junto con el mencionado prelado, que era el principal invasor de las posesiones y recursos que estaban en el monte de San Disibodo, irrumpieron en los términos del monte para arrebatárselos en crudelísima invasión, y la Providencia lo permitió.

Ante esta grave perturbación y persecución, los monjes que allí habitaban, perturbados, consternados e incluso asustados y aterrorizados por la inminencia y el horror de las guerras, dejaron el monte con gran llanto y se trasladaron a otros lugares donde pudieron.

50 Para que los que se habían ido no tuvieran esperanza de volver, los invasores antes mencionados destruyeron sus moradas excepto el edificio del lugar santo donde estuvieron los huesos del santo durante el traslado, después de su inhumación. Y para que ese lugar desolado no permaneciera sin ningún oficio divino, los destructores nombraron un sacerdote que los rigiera, viviendo en un pueblo vecino, a quien proveyeron suficientemente y con beneficios, otorgados para retener su nombramiento.

Y así este lugar permaneció desolado largo tiempo. Por fin, al cabo de muchos años, un conde de esa región, de nombre Liuthardus, noble de antigua ascendencia, enfrascado

en los asuntos del mundo pero inundado de riquezas, al ver desolado un monte tan alto y hermoso suspiró conmovido por la gracia divina, y por gloria de la Santa Trinidad y en memoria de San Disibodo dispuso que en ese lugar sirvieran tres sacerdotes a quienes dotó de recursos suficientes para que pudieran vivir allí.

51 Tiempo después, pasados algunos años, un arzobispo de la sede de Maguncia, que era piadoso, humilde y penitente, peregrinó al monte e inclinado de rodillas ante la tumba de S Disibodo se arrepintió con vehemente dolor porque él se había hecho grande y rico a partir de las riquezas arrebatadas injustamente a este santo, e hizo voto a Dios, que al modo de los doce apóstoles, doce eclesiásticos sirvieran allí a Dios y al mencionado patrón día y noche, y en cuanto estuvo en su mano hizo también que llevaran al lugar los recursos necesarios, y así la divina providencia purgó a la región y fue retirando en parte sus tribulaciones.

Pero esto no se hizo por completo todavía. Cuando finalmente las cosas fueron del agrado de Espíritu Santo en su arcano designio, inspiró a un prudente varón laico para que presidiera la sede de Maguncia, y le hizo anhelar que aquel antiguo lugar resplandeciera con el fulgor de sus comienzos.

Y este hombre hizo como el prudente padre de familia que reparte sus cosas con caridad entre sus hijos: puso a los beneficiados del mencionado monte en otros lugares convenientes para ellos y restituyó aquel lugar a una comunidad de monjes observantes de la regla de San Benito para que allí se instalaran y vivieran santamente.

52 Hecho esto, dejándose llevar por la generosidad de su corazón, aquel santo varón dio cuanta limosna pudo de las propiedades y bienes que poseía.

Pero la comunidad allí establecida padeció también tribulaciones por permisión divina, al igual que las padecieron los que estuvieron en los comienzos, como acontece en este momento y sucederá en los posteriores, según lo merezcan sus habitantes.

Muchas fabulaciones míticas se narran y cuentan sobre las causas de los mencionados hechos y la amplia variedad de vicisitudes acaecidas, pero nada tienen que ver con el Espíritu Santo y por tanto se han ido disipando como paja que arrastra el viento. Las palabras manifestadas por el Espíritu Santo para gloria de su nombre, memoria del santo patrón y enseñanza de los hombres que escuchan son revelación veraz, por lo que no he de comentar aquí nada de las viejas fabulas, ni siquiera las palabras necesarias para desautorizarlas.

53 Hemos de considerar también la obra Dios desde el primer hombre hasta los hombres de nuestros días. Cuando el primer Adán pecó en el Paraíso, salió del Paraíso como peregrino, y puesto que cayó como criatura débil, también Dios quiso ofrecerse a las criaturas como se nutre a un recién nacido.

Tras vestirse de humanidad, el Hijo de Dios se ofreció a sí mismo en sacrificio al Padre y abrió la boca del hombre para recibir el alimento de la justicia, al igual que se alimenta a un niño. Y cuando el mismo Hijo de Dios ascendió a los cielos llenó a los hombres de fuego del Espíritu Santo y les enseñó a luchar contra los vicios y concupiscencias, y a ofrecerse a Dios en sacrificio, de modo que también ellos eligieran vivir según la armonía celeste, como hacen los hombres espirituales que se niegan a sí mismos y al mundo por amor de Dios; o como procuran hacer otros hombres buenos que guardan continencia con deseo ardiente, según la medida del don del Espíritu Santo, de manera que el hombre saborea por sí mismo su aliento en la plenitud de su madurez.

54 Así actúa Dios y así lo hizo aquí, porque Él rechaza la duda y manda aprovecharse de la verdad infundida confiadamente.

De igual modo actuó con los hombres que permanecían y permanecen en el citado lugar como ya se ha comentado, purgándolos con frecuencia; y de igual modo, a muchos otros los castiga con frecuencia pero no los destruye. De modo parecido actuó con Israel, que empezó bien pero después fue víctima de muchas vanidades por las que padeció tribulaciones y persecuciones en el tiempo determinado por Dios. Y así, con estas correcciones, no perecen a lo largo de la Historia.

Ahora alabemos a Dios que combatió a la antigua serpiente y sanó toda mancha de pecado hasta la consumación de los tiempos, en que se manifestará plenamente su designio sobre sus fieles, como ordenó desde el principio. Entonces será plenamente confundido el antiguo enemigo, que no aprovechará para sí ni para otros, ni podrá darse ninguna gloria.

Así pues, pronuncio estas palabras con verdadera sabiduría: Soy una pobrecita que yace en el lecho de la enfermedad, que vi estas cosas, las oí, comencé a escribirlas y acabé de escribirlas y sé que Dios tiene poder para levantarme del lecho si le place. Amen.